tiplanicie, distante solamente unas pocas millas, pero separada por un desierto. No había armonía en el lenguaje, en cultura, psicología, en la economía de la vida, entre las grandes fracciones del pueblo. No había comunicaciones por la palabra escrita ni por el comercio. La fuerza causante del republicanismo parlamentario es la formación de una opinión pública, y no había medios para crearla y fomentarla. Cuando la opinión pública, por una causa u otra, falla o no actúa con la rapidez necesaria para afrontar una crisis, la sustituye una dictadura más o menos disimulada.

El siglo XIX fué por eso en la América Latina el período del comienzo de su formación nacional. Los pueblos eran caóticos e inestables, los gobiernos reflejaron este estado de cosas y dominaron por la única alternativa de la opinión pública: la fuerza. Con la partida de los españoles, pudieron al fin encontrarse las voluntades culturales y étnicas de aquellos pueblos complejos. Por lo general, el campo de batalla era el primer escenario de su encuentro. Pero lo principal es que se encontraron y empezaron a fusionarse.

Allí donde podían encontrarse más fácilmente y existir un fuerte centro accesible a las comarcas distantes, la fusión de las voluntades culturales en ese caos latinoamericano se efectuaba naturalmente con mayor rapidez. La ciudad de Buenos Aires era un centro agresivo y era también fácilmente accesible a la Pampa, mientras las montañas no muy elevadas del Norte podían depender y fusionarse en Buenos Aires. Por esta razón, la primera gran nación estable de la América Latina nació en la Argentina. Este país es la primera y la más antigua entidad nacional de la América Latina. Así y todo, la Argentina no había aún nacido en el período de nuestra guerra de secesión. La Argentina como nación moderna, data de hacia 1860. El Brasil era un imperio, gobernado hasta 1889 por un potentado extraño. México era hasta 1910 un caos de tribus, indios disgregados por la colonia y sin participación en la república.

Sin embargo, dentro de los diez años inmediatos de la revolución de Madero, la que señala el verdadero nacimiento del país, se cristalizó el genio de México y empezó a encontrar su expresión definitiva en las artes. Ocurrió algo análogo en la Argentina. En 1851 era un caos gobernado por el dictador Rosas y en el espacio de diez años produjo a Sarmiento, la síntesis dinámica de todas las fuerzas que anteriormente se agitaban en un caos impotente.

Podemos sacar ciertas conclusiones del progreso de la Argentina. La mayor parte de lo que se dice sobre el peligro de la mezcla de sangre es una pesadilla romántica. Lo único que sabemos positivamente es que la mezcla de sangre implica un conflicto de cultura.

El caos desapareció en la Argentina; no hay allí un problema de raza, aunque hay muchos gauchos con violenta sangre india en sus venas. Los medios de comunicación, la accesibilidad y el gobierno, todo esto ha estabilizado a la Argentina, y como el rasgo predominante de su cultura es europeo, el país se adapta a la forma parlamentaria de gobierno tan bien —o tan mal— como los otros pueblos modernos.

En México, país montañoso y semidesierto, donde las comunicaciones son deficientes y el pueblo es por su naturaleza violento como el país que habita, la forma republicana es más ajena, está más cercana el magnetismo perturbador de los Eshados Unidos, por lo cual no hay allí el mismo grado de fusión estable que encontramos en la Argentina, el Uruguay y el litoral del Brasil.

Esto, no obstante, se ha establecido un contacto por la labor del clero inferior, el primer elemento revolucionario en México, por el desarrollo industrial y por los movimientos de los ejércitos revolucionarios. Y con ello se produjo en un grado que asombra, una fusión de cultura. Tampoco hay un problema de raza en México. La corriente de sangre predominante es allí la india, y el genio indio, que es esencialmente plástico, ha producido en los veinte años transcurridos desde que entró realmente en acción, la más grande escuela de pintura —sin excepción alguna— y el mayor renacimiento de los gremios de artesanos populares del siglo XX.

En el Perú el proceso está aún más atrasado. Este país no ha tenido todavía su revolución. Está siempre gobernado por un dictador que no está en contacto con su pueblo (como no lo estaba Díaz en México) y que, por una estabilización opresiva, inhibe la intercomunicación entre las diferentes fracciones geográficas y culturales de la nación. Así y todo, se está realizando el proceso de fusión. En cada ciudad surgen intelectuales, escritores, pensadores político-artistas, arqueólogos; todos ellos integran la fusión de cultura de las poblaciones aisladas del Perú. (Porque esta fusión es enteramente de cultura. Un hombre de la altiplanicie, donde predomina la cultura india, será un indio, mientras su hermano de sangre si se cría en Lima, se considerará criollo y actuará como tal). Esos intelectuales del Perú empiezan a entrar en comunicación con los de Bolivia y de Ecuador. Se necesita ahora solamente esperar el momento apropiado para que las naciones de la región de los Andes y del Pacífico avancen rápidamente hacia la conciencia nacional, la integración, acción en la cual la Argentina, con condiciones más fáciles guía, y que ya emprendieron México, el Brasil, el Uruguay y Chile.

III

Si examinamos esos grupos de pensadores, escritores y artistas, encontramos que tienen varios rasgos generales que se destacan.

Están ante todo en contacto profundo e íntimo con sus pueblos y con los problemas de los mismos.

En segundo lugar, todos esos grupos están al servicio del ideal común de crear en América un nuevo mundo. No sólo se identifican con las masas espiritualmente y por la emoción, sino que se consagran al ideal que guió a Roger Williams y los grandes padres puritanos, que hizo actuar a Jefferson, que inspiró a Lincoln, que llegó a ser la esencia de la labor de Thoreau, de Emerson y de Whitman, la realización en América de una nueva sociedad en la que pudiera vivir el hombre entero, no el hombre factor económico, sino el hombre creador el que canta y ama, una nueva sociedad que fuera realmente un Mundo Nuevo.

Un tercer punto relativo a esos grupos consiste en que ese celo por el ideal de un nuevo mundo real, esa consagración de su arte, de su pensar y de sus actos a la creación de un nuevo mundo en América, los pone favorablemente en contacto con nosotros. Hubo un período, en el siglo XIX, en que en la literatura estaba de moda llamarnos Calibán y presumir con sutileza que Ariel era la América Latina y que nuestra superioridad era hurdamente la de la fuerza animal. Actualmente, están desacreditados, desde México hasta Chile, esa moda y su apóstol Rodó. Whitman, Emerson, Thoreau y Lincoln son considerados héroes propios de las tierras de Bolívar y de Martí. Esos grupos se dan cuenta de los Calibanes de sus países respectivos; repudian enérgicamente el método simplista de sentirse a sí mismos puros, pintando de negros a nosotros.

Esos grupos se unen cada vez más estrechamente entre sí. Su religión común es una religión moderna: consiste en el ideal de organizar y unificar a la América española, de transformar los gobiernos de esta América bajo una dirección que exprese el genio complejo e infinito del pueblo, para que toda esta riqueza de valores y de energía pueda servir al ideal americano, la creación de un nuevo mundo en América. Esta religión común ya tiene sus patriotas, sus santos y sus mártires. No la anima la resolución de excluir nuestra participación. La América Latina nos observa constantemente y nos conoce perfectamente.

IV

Si alguna tendencia tiene, es la de idealizar nuestra buena voluntad espiritual, porque desea idealizarla. Nos necesita: he aquí la razón. Nos necesita para colaborar en la gran tarea que guía a sus artistas y pensadores, la creación de un Nuevo Mundo. Nos necesita por que nos conoce. Cuando nosotros, a nuestra vez, conozcamos a la América Latina, sabremos que también la necesitamos. Y entonces, tal vez, se realizará la obra y nacerá el Nuevo Mundo.

El propósito común de esos grupos no impide que haga una gran variedad en sus obras. La prosa de Cuba puede distinguirse instantáneamente de la de la Argentina, siendo la diferencia la de los dos países y de rasgos raciales, y nadie podría confundir un cuadro mexicano con otro peruano, porque son tan distintos como lo son una azteca y un indio quichúa. Así y todo, sus obras tienen una armonía más profunda, como la tenían, por ejemplo, las artes de Francia y de Inglaterra en la edad media. Mas si bien esos grupos poseen las virtudes de la unidad espiritual e intelectual, tienen los vicios y la impotencia de la desunión política. Políticamente son impotentes. (Pueden acaso exceptuarse la Argentina y el México de la revolución de 1910). Esos grupos son en su mayor parte demasiado jóvenes para poder ejercer una acción sobre los destinos de sus pueblos. Los intelectuales latinoamericanos del sigle XIX estaban aún atados a Europa y a España).

Esos grupos nacieron recientemente y están aún elaborando la teoría y la emoción de sus relaciones con su mundo, las formas plásticas e intelectuales de sus ensueños. No tienen todavía armas contra los hombres astutos que, en las fronteras de la industria norteamericana, trabajan cada vez más, en alianza íntima con los poderes financieros para explotar y prostituir los recursos nacionales.

Esta alianza creciente llena a esos hombres de profundos sentimientos y de espíritu previsor con una emoción que, a medida que avanza al Norte, hacia el mar Caribe, se aproxima cada vez más a la desesperación.

He explicado cómo la dictadura puede ser una condición natural. Cuando un tirano surge del estado nativo de un país, el problema de vencerlo es el de evolución natural y la nación evoluciona en el proceso. La América Latina tiene tiranos de esta especie. Rosas es un ejemplo, y sin los veinte años de su dictadura, no habría podido concebirse nunca la república de Mitre y de Sarmiento.

Pero el problema es completamente diferente en el caso de tiranos cuyo poder no tiene su fuente en sus relaciones con su pueblo, por bajas que esas relaciones sean, sino más bien sus relaciones con las finanzas norteamericanas. Semejantes relaciones paralizan probablemente el proceso de la selección nacional; es probable que obstruyan el lento y caótico nacimiento de un pueblo, precisamente, a causa del elemento extraño que inocula en la delicada histología de un nacimiento nacional. Leguía, de Perú; Gómez, de Venezuela; Borno, de Haití, y Machado en Cuba, son dictadores de este tipo. Y el desamparo en que se ven los elementos constructivos de sus países para vencer al fuerte peso norteamericano que los apoya, más o menos disimuladamente, se vuelve terriblemente irónico por el temor —como sucede en países como Cuba y Venezuela— de que una revolución para derrocar a esos maniquíes fabricados con dinero, sirva solamente de pretexto para una intervención más directa por parte de nuestro Estado, que está al servicio del dinero.

V

Precisamente a causa del ideal orgánico de la intelectualidad hispanoamericana, el problema de la intromisión de los Estados Unidos es inmediato y angustioso. Los intelectuales, que sean artistas o economistas, no se contentan con hablar de un nuevo mundo; desean crearlo. Necesitan libertad de acción dentro de sus países respectivos para poder realizar su visión. Esa acción está entorpecida por dos clases de fuerza: por las naturales dificultades sociales de los mismos países, su vasta extensión geográfica, el atraso económico, el analfabetismo y las separaciones étnicas; y, cada vez más, por la influencia que erroneamente se considera estabilizante del dinero norteamericano, el que encuentra con facilidad instrumentos para imponer al crecimiento latinoamericano una camisa de fuerza que tiene infaliblemente que neutralizar los verdaderos elementos de esos pueblos que deben unirlos e integrarlos.

S U C R E

No tenemos del pasado una concepción estática. Ni de sus hombres un devoto criterio de calendario. Seguimos el curso cambiante de la historia, el devenir social, apreciando la función de los individuos en relación a sus medios y a sus épocas. Por eso, el homenaje nuestro a José Antonio de Sucre, en el primer centenario de su muerte, tiene que estar reñido con la ortodoxia patriotera. Y en consonancia con la visión y voluntad de las nuevas generaciones americanas.

Admiramos en Sucre, como en Bolívar y San Martín, su comprensión de la integralidad de los problemas del continente. No ciñeron su esfuerzo al propósito egoísta de alcanzar tranquilidad dentro de sus fronteras. Comprendieron que éstas, en nuestra América, apenas cumplieron y cumplen parantorias necesidades de delimitación administrativa o policial. Los tres capitanes fueron indiscutablemente, e intensamente, ciudadanos y mandatarios de países ajenos, por el nacimiento, pero propios en la similitud de los problemas y en la intensidad de los afectos.

San Martín, como Bolívar y como Sucre, además, representaron, pese a las diferencias de métodos, la heroica voluntad de América, de encontrarse a sí misma, independizándose del yugo español. Su propósito no se resolvió en meras promesas o palabrería. Llegaron a la acción, y a la acción militar, utilizando la fuerza de las armas en misión sagrada y justiciera. Su militarismo, tan exaltado por los historiadores anecdóticos, fué, sólo, una necesidad apendicular. Su visión, en cambio, y su obra, fueron civiles, humanas. Sucre, Bolívar y San Martín, antes que generales o mariscales, fueron creadores y conductores de pueblos. Es decir, hombres de criterio social, auténticamente hombres.

Más, su tarea, por ser grande y difícil, quedó incompleta. La independencia de España, o mejor precisado, el nacimiento de las nuevas repúblicas, sólo tuvo una significación política, nominal. Los jóvenes Estados eran demasiado jóvenes para ser totalmente dueños de sí. Luego del momento culminante alcanzado por los capitanes sobrevino la depresión, el desconcierto. La lógica social, entre tanto, desarrollaba sus períodos en Europa. Y mientras las repúblicas nuestras jugaban a la democracia y peleaban entre ellas, el capitalismo llegó a su período industrial e imperialista. Inexpertos y presuntuosos, vendiendo o entregando las riquezas del continente,, a cambio de la posibilidad de continuar una vida placentera, los gobiernos latinoamericanos permitieron que nuevas cadenas, esta vez silenciosas pero fuertes, engrilletaran los sólidos pies del gigante, ya adulto. El Tío Sam, benévolo defensor de las primeras horas, sujeta los cabos, aunque sonrientemente, nos envía embajadores, misiones especiales y otros etcéteras de la diplomacia oficial. La ilusión es perfecta.

Pero no todos somos ciegos. Y, así, las nuevas generaciones del continente han visto el problema. Esta es la hora en que se acerca la "segunda emancipación americana", como dijo Haya Delatorre. Los hombres del antiimperialismo, por eso, tenemos que rendir homenaje a Sucre. Y continuar la obra de la trilogía epónima. Cien años nos han servido de suficiente descanso y observación. Ahora sabemos que los enemigos están dentro y afuera. Contra ambos estamos afilando nuestras armas.

Buenos Aires, junio de 1930.

Manuel A. SEOANE

Es esta una situación irónica, porque la intervención del capital norteamericano tiene también una faz buena. Ayuda de cierto modo a aproximar a aquellos entre sí. Ayuda a construir ferrocarriles y carreteras; coloca cables para telégrafos y teléfonos; hace surcar las aguas latinoamericanas por flotillas que conducen correspondencia y diarios al mismo tiempo que mercaderías. Nivela los Andes, reduce la vastedad de las llanuras por magníficas rutas aéreas que hacen que Chile y la Argentina sean vecinos de Colombia y de Cuba.

Es esta una situación irónica y es también una situación peligrosa. Sería igualmente una situación fatal solamente si dejaran de dominarla la inteligencia y una consciente buena voluntad. Y con esta declaración, nos aproximamos al móvil que debería moldear nuestras relaciones con aquellos países.

El móvil lo deben constituir ventajas mutuas.

Si se exceptúan dos o tres países, aquellas naciones son prácticamente inferiores a nosotros. Esta inferioridad se debe acaso al hecho de tratarse de pueblos no maduros e inestables, y al de haber ellos adoptado una forma de gobierno extraña a su desarrollo y a su raza. Es también posible que esa inferioridad sea el resultado de la herencia española, porque desde los tiempos de Roma el pueblo español era deficiente en cuanto a talento político (como lo era el inglés con respecto al genio plástico). Es menos plausible la inferioridad del indio desde el punto de vista político, puesto que tiene el precedente del imperio socialista de los incas, organización que se extendía desde el actual territorio de Colombia al Norte de la Argentina y Chile, y que, en cuanto a sutileza política, hace palidecer por su contraste el sistema romano.

La instabilidad política tiene, por otra parte, una gran ventaja: es menos rígida que nuestra forma estratificada, cuya fuerza es posiblemente la de la muerte.

En todo caso, la inferioridad latinoamericana en el terreno político va acompañada de toda su debilidad en lo referente a la organización, la cual es también, en parte, herencia del intenso individualismo del carácter español, y hasta el ibérico. En la mayor parte de lo que conocemos bajo el nombre de economía, industria y organización política y social, aquellos países están desorganizados, si se los compara con nosotros.

Y precisamente a este respecto nuestra influencia les ayuda a unirse. Les ayuda a desarrollar y movilizar sus recursos, a establecer sus comunicaciones, por lo cual se hace posible que se forme el cuerpo de la América española que su espíritu desea.

Por otra parte, en todo lo referente a sensibilidad, estética y cultural, emocional e ideológica, aquellos países no son tan superiores como nosotros les somos con respecto a la organización social. Tomemos el más bajo indio mexicano: es, en su fondo, un hombre de profunda sensibilidad y organización. El hecho de que vive en una choza y deje morir a la mitad de sus hijos, todo esto no contradice esta opinión; sus valores de vida no incluyen los problemas de la instalación de cañerías y de la mortandad. Pero es un ser profundamente integrado en el sentido que tiene de su persona como factor dentro de su propia comunidad. Esto explica que miles de indios puedan producir obras de arte plástico, cuyo igual producen solamente un puñado de hombres de genio en Europa.

El mestizo ha perdido su organización interna por el conflicto no resuelto de culturas que hay en su alma, pero no perdió una sensibilidad, un sentido de valores espirituales y estéticos, que hacen de él una personalidad, un hombre mucho más verdadero que nuestras masas, que se alimentan con conservas y dejan que la radiotelefonía les suministre música.

No es menos evidente en el caso de la intelectualidad como clase. Existe entre los intelectuales de aquellos países un sentimiento común, como el que existía en las agrupaciones de artesanos en la edad media que erigieron las antiguas catedrales. Y sobrevive en ellos fuertemente algo que parece casi perdido en nuestros grupos: la sobreexcitación y el anhelo de participar en un nuevo mundo cuyo destino no está aún escrito, el ideal (que guió naturalmente a todos nuestros grandes hombres) de hacer elevado ese destino. Tienen, además, un sentimiento de conexión con su pueblo que se vuelve raro entre nuestros intelectuales. Y su concepto del arte y de las letras, los hace inmunes contra el exhibicionismo trivial, estéril y egoísta al que tantos norteamericanos deben su éxito. Han permanecido en íntimo contacto con la verdadera convicción —otro legado de España y también del indio— de que el arte es revelación y que no hay antagonismo entre el arte y la letra escrita, como no la debe haber entre la fe y el acto.

VI

EL IMPERIO DE LOS NEGOCIOS

Son incompletos en cuanto a esta realización final, y esta falta esencial es otro lazo que los une a nosotros. La intelectualidad de las dos Américas es impotente en el terreno de la acción política; tanto la de una América como la de otra no pueden luchar contra la marea aplastadora de valores falsos propagados por una edad comercial, cuyo único móvil reconocido es la producción material.

Tenemos el mismo enemigo: el imperio de los negocios, que es el de los productos, de las cosas hechas, el arrastrar al universo del hombre a un caos de máquinas que arrojan cada vez más productos, más máquinas, que llenan el mundo con las rancias ideologías de las ventas. ¡El mismo enemigo!... Y si no tenemos el mismo ideal, el de crear un nuevo mundo en el que el hombre sea amo y creador, en el que florezcan todos los dones humanos (no solamente los adquisitivos) y en el que la máquina y el comercio sean esclavos en vez de cómitres; si ahora no parecemos tener el mismo ideal, esto sucede solamente porque el enemigo común nos ha confundido, cegado y desorganizado a nosotros más que a ellos.

Poseemos para ellos la tecnología que necesitan para unirse económicamente y ser independientes. Poseemos, además, el tesoro de nuestro propio ideal tal como lo expresaron, en forma diversa, los puritanos, Emerson, Poe, Melville, Whitman, Thoreau y Lincoln. Y ellos, a su vez, han mantenido vivo el impulso que, solamente él, puede redimir a nuestra América corporal y transformarla de un caos exteriormente organizado en una vida integrada.

Es ésta, pues, la base que propongo para nuestras relaciones con los pueblos y los dirigentes intelectuales (más que con las entidades políticas) que viven al Sur de nosotros. Es ésta una base cuyo móvil es real, la base de un común destino, de una tarea común, de una ventaja mutua. El comercio procede a amalgamarnos en un cuerpo gigantesco, a los Estados Unidos y a la América Latina. Es ésta una fatalidad y puede ser un bien. A nosotros nos incumbe la tarea de decidir el material de que ese cuerpo de América debe componerse, qué clase de hombres han de formarlo y dominarlo. Es ésta la tarea común de todos los americanos. Los ideales, los valores, la imaginación, el genio creador de las Américas maravillosamente ricas deben inocular vida en este cuerpo. No lo puede hacer el comercio. Tampoco lo pueden todos nuestros ideales y ensueños, a no ser que se traduzcan en una acción pública. El cuerpo perece si carece de espíritu, y si el espíritu no dispone de un cuerpo, queda innato. Es esto una forma diversa de decir que los hombres de valores humanos de América deben obrar en común para que las energías ciegas (y éstas obran realmente en común) no hagan que el vasto cuerpo de América sea el cuerpo de un muerto.

LA MEZQUINA ACUSACION CONTRA D. RICARDO ROJAS

La prensa diaria informó del dictamen fiscal producido en las actuaciones judiciales relativas al desfalco en la Tesorería de la Universidad de Buenos Aires. En él se acusa de negligencia culpable al ex Rector Don Ricardo Rojas.

Los que conocen en detalle la verdad sobre el lamentable episodio, a través de las peripecias producidas y a la luz de los sucesivos debates en el seno del Consejo Superior de la Universidad, saben de sobra que si alguna negligencia hubo en delatar y castigar al autor material del desfalco, ella no puede ser atribuida a quien tuvo conocimiento del hecho cuando estaba totalmente consumado y evidenciado. Esto se dijo, también, en los pronunciamientos recordados, dejando a salvo el honor y el celo del Rector Rojas.

Pero Ricardo Rojas no pudo gozar mucho tiempo de su rotunda y justiciera absolución. Azares de su brillante actuación universitaria,

RICARDO ROJAS, por Lubkin

lo llevaron a desempeñar, en un reciente y sonado conflicto, el papel honroso y bien merecido para él, de juez severo e incorruptible. Manejando con rigor y ecuanimidad ejemplares la clásica vara de Themis, derrumbó ídolos falsos, desnudó la reputación de gente que se creía intangible, defraudó apetitos en acecho. Fué implacable y adusto, sereno hasta para responder a la insidia de sus enemigos, quienes desde altas y bajas tribunas torcieron la verdad, desparramaron falsas especies y pretendieron conjurar el fallo definitivo de la opinión que al fin puso sobre sus arrestos de mártires, una lápida concluyente y un comentario más bien risueño.

Rojas desató una tormenta. Pequeña en sus móviles, insignificante en sus pobres remolinos de polvo. Ella es la que ahora insiste en remover la firme y prestigiosa personalidad de Don Ricardo. No es difícil señalar la oculta fuente desde donde ahora vuelven a aventarse los malos vientecillos de la víspera.

La juventud argentina — sagaz y certera en sus valoraciones — y la gente que discierne en estas cosas libre de toda mala influencia, sigue viendo, en su sitio de privilegio, al ilustre maestro. Queremos que él lo sepa, y por eso, desde nuestra modesta atalaya, en la que en otros tiempos oficiara de vigía el espíritu ecuánime de José Ingenieros, proclamamos nuestra íntima solidaridad con este nuevo perseguido de la injusticia.

UNION LATINO AMERICANA

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente
Dr. Alfredo L. Palacios

Vicepresidente
Dr. Carlos Sánchez Viamonte

Secretario General
Manuel A. Seoane

Delegados
Julio R. Barcos
Alfredo A. Bianchi
Oscar Herrera
Euclides Jaime
Lorge Lascano
Fernando Márquez Miranda
Isidro J. Odena
Florentino V. Sanguinetti
Gabriel del Mazo
Antonio Herrero
Adolfo Korn Villafañe
Saúl N. Bagú
Emilio R. Biagosch
Enrique Cornejo Koster
Fernán Cisneros
Diego R. May Zubiría
Horacio Trejo
Pedro Verde Tello
Guillermo R. Watson